

EL ENIGMA DEL
CÓDICE BARDULIA

EL ENIGMA DEL
CÓDICE BARDULIA

Códex Barduliae

El cartulario perdido de Valpuesta

ÁLVARO MORENO ANCILLO



Colección: Narrativa
www.nowtilus.com

Título: El enigma del Códice Bardulia

Subtítulo: *Códex Barduliae* El cartulario perdido de Valpuesta

Autor: © Álvaro Moreno Ancillo

Copyright de la presente edición © 2011 Ediciones Nowtilus S. L.
Doña Juana I de Castilla 44, 3º C, 28027 Madrid
www.nowtilus.com

Responsable editorial: Isabel López-Ayllón Martínez

Diseño y realización de cubiertas: más!gráfica

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece pena de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ISBN: 978-84-9967-157-4

Fecha de publicación: Abril 2011

Printed in Spain

Imprime: Gráficas Díaz

Depósito Legal:

Los hijos.
Tu mirada.
Una amiga.
Una posada.
Una guerra al destino.
Una victoria impensada . . .



OVIEDO

Reino de Asturias

VALPUESTA

AL QILA
(Bardulia)

VALLADOLID

SALAMANCA

AVILA

SEPÚLVEDA

CARPIO

Hashim

PLASEÑCIA

Ta

AL

Santuario de la es



Córdoba

ANDALU



stúlez



Tudela

CORA



Zaragoza

DE TUDELA

A

leda

o pada

US

ÍNDICE

NOTA DEL AUTOR	13
AGRADECIMIENTOS	15
PRÓLOGO HISTÓRICO	17
GÉNESIS	21
VIERNES. INESPERADO DESTINO	33
IOHANNES ABATE	47
EMPÍRICA DIDÁCTICA	63
LA FUNDACIÓN.....	69
LA ATRACCIÓN DEL MANUSCRITO ÉUSCARO.....	81
BARDULIES QUAE NUNC VOCITATUR CASTELLA	101
LA FRAGUA.....	117
ELIZONDO	127
LA HUIDA.....	135
PATRICIA.....	143

CÓDEX BARDULIA.....	163
DE CAMINO A VALPUESTA.....	181
TRÁNSITO.....	201
EL PERGAMINO DE SEPÚLVEDA	217
NUEVOS DESIGNIOS.....	229
OLIGISTO.....	239
ASTURIANOS EN ASTÚLEZ.....	247
LUNES.....	259
MORITURI	269
EN PODER DEL VALÍ DE TUDELA	279
EL HAYIB DE CÓRDOBA	295
SPAGYRIA	303
HASHIM, EL MAESTRO HERRERO	329
ELUCUBRACIONES	341
EL CARPIO DE DON BERNARDO	367
ESTIGMA.....	387
HECHOS.....	397
MEDIANOCHE	403
VAÉLICO.....	419
LA BATALLA	435
DIRECCIÓN MÉDICA	453
ONNECA, LA MADRE.....	463
BELEÑO NEGRO	475
DEL AGUA Y LA MONTAÑA	483
QUEBRANTOS.....	491
EL SANTUARIO DE LA ESPADA	503
DISQUISICIONES Y ABANDONOS.....	507
EL ARCHIVO DE TOLEDO.....	517
LA MUERTE QUE NACIÓ EN LA CASA DEL SOL	535
EPILOGUS... QVAE NUNC VOCITATUR CASTELLA	549
PRINCIPALES PERSONAJES.....	553

NOTA DEL AUTOR

Una lengua no deja de ser la consecuencia de una evolución que depende de las personas que la emplean, y por ello es casi imposible decir dónde y cómo nace. Otra cosa son los documentos en los que por primera vez aparecen escritos, titubeantes, sus primeros balbuceos. Ya sabemos que los primeros legajos con palabras de una lengua romance que acabará convertida en el castellano proceden de los *Cartularios* del monasterio de Valpuesta, un enclave olvidado entre Burgos y Álava.

Medievalistas y paleógrafos han logrado descifrar los secretos de estos documentos medievales y han llegado a la conclusión de que en los *Cartularios de Valpuesta* participaron más de treinta escribientes.

Freile Gumessandus bien pudo ser uno de ellos. Un escribano especial que impulsó la creación de un documento aún no hallado; un documento tan excepcional como el resto de los que componen los *Cartularios*, pero cuyo contenido nos explicaría cómo pueblos de distintas lenguas y estirpes convergieron para hacerse más grandes.

Lejos de histriónicas y erróneas consideraciones de provincialismos poco cultivados, el idioma castellano pertenece por

nacimiento a las personas que lo hablaron desde sus inicios; y esto incluye, sin lugar a duda, a los pueblos eusquéricos. De la misma forma, el eusquera es parte primigenia del alma cultural de los primeros pobladores de Castilla.

Y algún día aparecerá ese manuscrito...

AGRADECIMIENTOS

He de reconocer que este proyecto literario no habría llegado a buen puerto sin los acertados consejos de mi esposa y colega, la doctora Ana Carmen Gil Adrados. Ha soportado mis «contra-críticas» y puesto orden en el relato en multitud de ocasiones.

Igualmente han sido de ayuda las directrices de Alicia González Sterling; las puntualizaciones de mi alma gemela de las letras, la escritora Elena de Terán Bleiberg; los comentarios de un ávido lector como Jorge Osuna; las consideraciones de mi colega en todos los sentidos Ángel Cristo Barco, y las enseñanzas técnicas de la restauradora Inmaculada Gil.

He disfrutado durante años de la complicidad y buen hacer de mis colegas del hospital de Plasencia. Ellos, al igual que la ciudad que los acoge, han contribuido de forma inestimable a mi creación literaria.

No obstante, y con el fin de evitar suspicacias, debo aclarar que todos los personajes hospitalarios que transitan por las páginas de esta novela son seres ficticios que han surgido de mi cabeza, al igual que el resto de los protagonistas del relato. Sin embargo, incluso sin corresponderse de forma específica con los

individuos reales —personas que dedican sus esfuerzos a ofrecer la mejor de las asistencias médicas en este hospital comarcal extremeño—, mis personajes tienen un poco de todos y cada uno de ellos.

Gracias por la inspiración.

PRÓLOGO HISTÓRICO

Las crónicas de los historiadores antiguos nos hablan de los pueblos que habitaron la península ibérica en los lejanos tiempos de la invasión romana. Algunos eran de origen ibero y otros eran celtas, pero todos se mezclaron, con mayor o menor intensidad, con los nuevos pobladores romanos.

En la región más occidental del Pirineo estaban asentados los vascones, quienes ocupaban lo que hoy sería Navarra y parte del norte de Aragón. Su territorio limitaba al oeste con los vándulos, y más allá de estos estaban los autrigones y los caristios. Tras la ocupación romana, estos pueblos, al contrario de lo que antes se pensaba, recibieron una intensa influencia de la cultura latina, e incluso llegaron a participar en las legiones de Roma como tropas hispánicas.

Según los más reputados cronistas de la Antigüedad, tras la caída del Imperio romano, o incluso durante sus últimos años, tuvo lugar una migración de los vascones hacia el lar de los vándulos, lo que produjo un desplazamiento y mixtura de los cuatro pueblos hispanorromanos y una cohabitación con los nuevos pueblos germánicos que se establecieron en la península.

Más tarde, en el siglo VIII, durante la invasión musulmana, muchos de los antiguos asentamientos de estas tribus se despoblaron

debido en parte a la presión bélica de los mahometanos. Sin embargo, algunos ermitaños resistieron en las oquedades de las montañas manteniendo viva la fe cristiana; y ciertos hombres de armas de heterogéneas estirpes se concentraron en fortalezas poco accesibles, donde las huestes islamitas jamás consiguieron acceder.

Instigados por la nueva monarquía astur y amparados por aquellos minúsculos bastiones, los eremitas alzaron monasterios para guiar las almas de aquellos primeros castellanos. Y empezaron a repoblarse esas tierras con gentes de orígenes diversos. Muchos procedían de las antiguas tribus que antaño ocuparan esos lugares, unos pocos eran godos y otros tantos eran de origen cántabro o astur. También llegaron algunos mozárabes, cristianos que habían permanecido bajo el dominio musulmán sin abandonar su fe, que en los tiempos de mayor opresión islámica habían huido de al-Ándalus para preservar su vida y sus creencias.

Y así nació Al-Qilá, la Tierra de los Castillos...

Ego Iohannes episcopus sic ueni in
loco que uocitant Valle Composita et
inueni ibi eglisea deserta uocabulo Sancte
Marie Virginis... et construxi uel confirmabi
ipsam eglisea in ipso loco et feci ibi presuras
cun meos gasalianes mecum comorantes...¹

¹ Fundación del monasterio de Santa María de Valpuesta por el obispo Juan en el año 804.

GÉNESIS

Annus Domine 799

El ermitaño corría nervioso a través de la brumosa espesura del bosque, pendiente, casi en exclusiva, del crujido de la hojarasca bajo sus pies y del acompasado jadeo de su respiración. Cada bocanada de aire exhalado se adornaba con un evanescente halo de vapor, dando fe del frío ambiente de aquella mañana de invierno. De cuando en cuando buscaba en el cielo, más allá de la tupida niebla, las negras humaredas de las hogueras que la batalla había producido; y apretaba el paso para llegar hasta ellas, pues sabía que aún quedaban cristianos malheridos en las distintas alquerías del valle, y deseaba poder auxiliarlos de alguna manera.

De repente, nada más rodear una de las estribaciones rocosas que de forma errática salpicaban la intrincada vereda que tan aceleradamente transitaba, escuchó una algarabía de golpes, quejidos y gritos de amenaza en lengua musulmana acompañada de férreos sonidos argentinos producidos por el entrechocar de las armas. El clamor de la lucha le hizo apurar su paso mientras se agarraba a la empuñadura de su daga y le pedía a Dios fuerzas para enfrentarse con su propia muerte si era menester.

Unos pasos más allá advirtió cómo el bosque se abría, y comprendió angustiado que su destino tendría lugar allí mismo.

Sin embargo, la algarazca ya había cesado cuando el ermitaño llegó al claro. Aún jadeante después de su carrera, parcialmente encorvado sobre su exigua cintura, observó sobrecogido los cuerpos exánimes de una media docena de soldados mahometanos rodeando a un delgado adolescente de apariencia cristiana.

Las curvadas espadas islamitas permanecían unidas a las ahora rígidas manos de los guerreros, inertes e incapaces de causar más daño. La escena le resultó extrañamente abrumadora al eremita, que se quedó parado un instante intentando desentrañar la posible secuencia de los hechos que allí habían acontecido.

Oscuro y nebuloso, así se había manifestado el amanecer en la montaña, y ante los acontecimientos sobrevenidos en el valle casi se diría que el día había progresado hacia algo bastante más tétrico. El ermitaño se frotó nerviosamente las manos intentando alejar un frío que posiblemente ya estuviera asentado en su corazón más que en sus correosos dedos.

Suspiró. Sobre la pradera, en ese inesperado espacio ganado a la espesura, el vapor que se desprendía de los cadáveres, todavía calientes, impregnaba el aire transportando un repulsivo olor a muerte, percibido en cada bocanada que respiraba. Se llevó su reseca y delgada mano hasta el rostro y ocultó con ella su boca y su nariz tratando de evitar tan desagradable miasma dulzón. El olor le recordaba a aquel empalagoso hedor que se generaba en su refugio cuando curtía los pellejos de las alimañas apresadas en las numerosas trampas que tenía distribuidas por todo el monte.

El ermitaño, que no era viejo ni joven, habitaba una pequeña oquedad excavada en la montaña. Él mismo había horadado la roca caliza de la sierra durante años hasta lograr un espacio suficientemente habitable. Junto a su minúscula celda había comenzado la construcción de lo que pretendía fuera en el futuro una minúscula ermita en honor a Santa María. Apenas había conseguido levantar un par de arcos, piedra a piedra, pero era lo que Dios le había pedido y así debía ser.

Ahogó de nuevo la respiración bajo sus manos intentando preservar su olfato.

«Putrefacción —pensó, deglutiendo saliva en un intento de moderar el asco que le subía desde la boca del estómago—. Sólo es putrefacción».

Volvió sus ojos a la escena que se le mostraba en la pradera. Como un estandarte entre los cadáveres, el escuálido muchacho cristiano se mantenía inmóvil y en silencio, con un rictus de odio y una mirada perdida en el infinito tales que acrecentaron aún más la turbación inicial del ermitaño. Sacando fuerzas de su congoja, se acercó con prevención hasta una distancia que consideró razonablemente segura.

—¡Hola! —exclamó en voz muy alta.

Aunque el muchacho no le respondió, el ermitaño estaba seguro de que su saludo había sido perfectamente oído. Gruñó para sí y lo repitió casi en un grito que resonó en el claro como si ningún otro sonido existiera en el bosque.

Nada. El ermitaño dio un paso más. El muchacho permanecía rígido, mudo e impasible.

Abrumadoramente extático...

No debía de tener más de doce o trece años. Su cabello era oscuro y caía parcialmente sobre su frente llevando algunos enmarañados mechones hacia sus ojos. Sin embargo, a ambos lados de la cabeza el pelo era más ralo, como si se le hubieran tonsurado las sienes dejando visibles unas orejas bien proporcionadas. El ermitaño recordó que los hijos de algunos notables del valle eran rasurados así al alcanzar la edad del inicio en el aprendizaje de las armas.

«Tal vez sea el hijo de un conde —se dijo el eremita mientras analizaba con mayor profundidad su estampa—. O de un hombre de armas. Al menos, lo parece».

Por su atuendo, el muchacho debía de ser oriundo de los antiguos valles de la Bardulia. Vestía una recortada túnica de grueso paño de lana y unas calzas de cuero de cabrito algo desgastadas. De su cintura colgaba una badaza, también de cuero,

que le llegaba hasta el muslo, como si del zurrón de un pastor se tratara.

La pálida tez de su rostro adolescente resaltaba en contraste con la negritud de su cabello. Esa piel era de un color casi níveo; tan blanco que, si el ermitaño no estuviera viendo con sus propios ojos el vapor de su respiración, hubiera dicho que aquel era el rostro de un cadáver o un espectro. Sus estrechas y lechosas piernas, descubiertas hasta más arriba de las rodillas, acompañaban a la impávida rigidez que mantenía haciéndole parecer una estatua de inmaculado mármol esculpida en honor de cualquier deidad latina juvenil.

Sin embargo, cuando el eremita se fijó en las manos del adolescente, enflaquecidas y nervudas, observó cómo perdían el pálido tono de sus fibrosos brazos, salpicadas por bermejotes goteros de un pastoso líquido que le pareció, sin duda alguna, sangre a punto de coagular. Junto a sus pies, una espada corta yacía igualmente ensangrentada hasta la empuñadura, dando fe del origen violento de las rojizas salpicaduras de sus manos.

El ermitaño se acercó un poco más en una acción automática e impensada, realizada casi sin prestar atención a sus propios movimientos. Pareciera que una fuerza ajena le determinara a aproximarse al muchacho y a entablar conversación con él a pesar de que, en su sobrecogido pensamiento, se sintiera presa de un extraño y misterioso temor ante su imagen. Era incapaz de evitar que sus ojos quedaran absortos en el muchacho, obviando la muerte y la hediondez que los rodeaban.

Finalmente, se atrevió a hablarle de nuevo, casi en un susurro:

—Las huestes de Abd al-Karim ibn Mugait² han vuelto a atacar las alquerías de las villas más alejadas del castillo, ¿no es cierto? —El ermitaño le interpelaba con la certeza de conocer la verdad de lo acontecido. Con su comentario deseaba tan solo

² Belicoso caudillo musulmán afincado en el norte España a finales del siglo VIII.

iniciar una cordial plática—. El humo de las casas arrasadas se eleva por encima de los árboles en todo el valle de Gobia.

No recibió respuesta alguna. Únicamente el silencio acompañaba los hieráticos ojos del chiquillo, que se mantenían fijos en el infinito, haciendo caso omiso de la presencia del hombre. Resuelto a obtener definitivamente una contestación, el eremita caminó de forma más firme hacia él, hasta situarse apenas a tres o cuatro pasos.

—¿Estás solo, muchacho? —insistió con la mayor dulzura de la que era capaz, sin dejar de mirarle a la cara, alejando como bien pudo sus temores—. ¿Han alcanzado tus padres el castillo del conde? Los moros nunca lo encuentran, es un lugar suficientemente seguro...

Entonces, sin pronunciar una palabra, el adolescente se le acercó tendiendo trémulamente su mano ensangrentada. En sus ojos, los iris de color gris azulado vibraron difuminándose en la claridad de un rostro púber que le mostraba, con su semblante, el extremo desazón que su infantil alma padecía.

El ermitaño, considerablemente desconcertado por inexplicables preocupaciones, alzó su mirada buscando las intenciones del muchacho en el interior de aquellas translúcidas pupilas al tiempo que se aferraba con fuerza a la rústica cruz que colgaba de su cuello; aquella cruz que en tiempos pasados tallara en el corazón de un fornido castaño y que era, ahora, el talismán de su irrevocable fe en Nuestro Señor Jesucristo.

Cuando el turbador chiquillo se llegó ante él, el eremita cabeceó nervioso entornando los ojos y, tras un instante de duda, tomó estremecido la ensangrentada mano que el muchacho le ofrecía.

Podría decirse que no era minúscula su angustia, ni su miedo. Pero confió...

—Ha sido un *Gaizkiñ*³ —musitó el adolescente en la antigua lengua de los várdulos del norte, tras sentir el contacto del apren-

³ Ser mágico en la mitología vascongada que provoca la aparición de enfermedades.

sivo monje—, un ángel de la venganza de Dios, el verdugo de las alcobas de los impíos, el que ajusticia a los hombres que la maldad ha corrompido...

El ermitaño suspiró. En su cuello, las palpitantes venas corrían casi más que su corazón y acrecentaban el ritmo de su respiración hasta llevarle casi al desmayo. Sus ojos, de un marrón avellana, se nublaban intermitentemente al ritmo frenético de los latidos de su corazón. La progresiva ansiedad que le invadía le impidió emitir entonces vocablo alguno. Solamente lo agitado de su sofocado jadeo se escuchaba en aquel espacio abierto en la fronda del bosque.

El muchacho apretó con fuerza la mano áspera del ermitaño. La sangre, parcialmente coagulada sobre sus dedos infantiles, resbaló extendiéndose entre los del eremita como un sello de mutua complicidad que ninguno alcanzó a comprender en aquel instante. Era como si a partir de entonces los dos pasaran a ser parte de un mismo plan divino.

El adolescente, que se consideraba un buen cristiano, murmuró una plegaria al Dios de la Cruz mientras su mente creía absorber las imágenes de la vida del ermitaño. Su mano continuó apresando la del sobrecogido asceta en un instante infinito, unidas como si fuesen hirvientes metales que, fundiéndose en una única mixtura de sangre, desprendieran un calor turbio y misterioso. Así, en un trance de atormentada y compartida zozobra, enmudeció el hombre y el extraño chiquillo continuó su ronca prédica.

—Hoy no moriréis —susurró con una voz áspera y quebrada, de un tono y gravedad casi imposible para un niño.

Y por fin soltó la mano del eremita.

Entonces, sus ojos se enlazaron.

—Dios es misericordioso —susurró, compungido, el monje recogiendo su mano, que aún oscilaba enrojecida, para limpiarla en su ropa debajo de su axila, y después guardarla en la seguridad de su pecho, bajo el deteriorado hábito benedictino que le vestía.

—Necesitaba encontraros, hombre santo —expresó el espectral adolescente—. Mi madre me dijo que algún día encontraría quien me guiara.

—Puede que este encuentro sea un verdadero milagro, muchacho —murmuró el eremita.

—¿Entonces, sois vos?

—No lo sé. No sé a qué te refieres —respondió el religioso—. Al contacto de tu mano he intuido que me buscabas. Aunque yo...

—Los moros han vuelto a escudriñar en nuestro valle, hermano —interrumpió el chico, haciendo caso omiso a las últimas palabras del monje. Casi parecía que el muchacho hubiera tomado la determinación de convertirlo en su mentor.

El ermitaño dirigió su mirada hacia los sarracenos que yacían a sus pies. Los rostros de todos los muertos mostraban una expresión compartida de absoluto horror.

—¿Cómo les sobrevino la muerte? —preguntó—. ¿Qué les hizo adquirir ese gesto de... pánico? ¿Cómo pudiste vencerlos...?

—Sólo con mirarlos, magíster, se secan hasta que los alcanza la parca. —El muchacho parecía intuir el contenido de las preguntas del monje casi antes de que estas concluyeran. La comunicación entre ellos se había tornado más amable. El chico deseaba simpatizar con el eremita, y por ello se había dirigido a él como si ya fuera su maestro. No solía revelar sus secretos, ni abrir su corazón a nadie, pues su madre le había prevenido de ello repetidamente; pero ahora deseaba hacerlo con aquel monje—. Retuercen sus cuerpos presos de un dolor tan insoportable que vuelven blancos sus ojos, y agonizan ante mí bañados en sudor, llorando sangre, mostrándome gestos de un terror que no logro describir. Es como si se vieran ardiendo en el mismísimo fuego del infierno... Y lo supieran. —Bajó la cabeza pasando apesadumbrado las manos por su frente. Un tibio sudor se quedó prendido entre sus dedos diluyendo en parte la sangre que se secaba en ellos—. Siempre sucede de este modo —prosiguió en un murmullo—. Y yo siento su horror en mi

interior... Y vislumbro su sufrimiento perpetuo. Después, les atravieso sus corazones con mi espada para acortar su penosa agonía. Sin embargo, a cada uno de los muertos que la maldición provoca, mi cuerpo responde al final con un solaz que se me antoja malvado... o demoníaco.

—No nombres al maligno —reprendió el ermitaño—. No creo que esto sea obra suya.

—Dios me perdone, magíster, pero es lo que siento cuando el espíritu me toma —replicó el pálido muchacho.

—Pero, ¿cómo...? ¿Quieres decir que esto te ha pasado más veces? —balbució, perplejo, el ermitaño, incapaz de entender cómo un adolescente podía expresarse con tan instruidas palabras—. ¿Eso quieres decir?

—Sí, eso mismo.

El ermitaño tomó una bocanada de aire, resopló y se retiró el sudor de la frente con la palma de la mano derecha.

—¿Lo viste? —inquirió a continuación—. ¿Llegaste a ver tú al espíritu Gaizkiñ, muchacho? —Su interpelación se acompañaba de una mueca mezcla de duda y temor—. Dime, ¿era real?

—No se ve, magíster... Se siente —respondió—; y yo lo he sentido. Mi madre me enseñó a sentirlo...

Se hizo el silencio entre ellos. Por alguna razón que en aquel instante no se paró a analizar, el hombre lamentó el destino del muchacho. En el corazón del solitario eremita se enlazaron ciertos recuerdos de antiguas tradiciones con la impecable y severa fe en Cristo que ahora profesaba. Su intelecto buscaba armonizar algunos miedos ancestrales con sus creencias religiosas actuales para aplacar el caos que recién sufría su alma desde que iniciara su conversación con el insólito muchacho del bosque.

—Ellos, querido niño, ellos son los que Dios ha señalado —le dijo como si de una revelación se tratase—. No sufras por su fin. —Casi se consolaba a sí mismo, hablando en un susurro, con inaudita e inopinada aprensión—. Lo que has visto obrar es la espada del Señor. Te lo aseguro.

El muchacho se encogió de hombros.

—Tal vez sea así, ermitaño —asumió.

La empatía entre ambos era ya notable, y las pulsaciones del cuello del eremita se rebajaron considerablemente poniendo de manifiesto su actitud más calmada.

—Y bien, ahora dime, ¿cómo te llamas, chiquillo?

Deseaba hacerle preguntas más livianas para su entendimiento, intentando de esa manera alejarse de sus propios recelos y acrecentar su acercamiento.

—Soy Sancio López de Elzeto⁴, hijo de Lope Sangiz de Elzeto, un hombre libre de Al-Qilá⁵ —respondió orgullosamente el muchacho—. Fui educado para ser un comes⁶.

—Lo imaginaba. ¿Y él, también...?

—Mi padre no podía sentirlo —atajó Sancio—, pero mi madre sí. Ella me dijo que así eran usualmente las cosas.

—¿Dónde están ellos ahora, Sancio? —se interesó el eremita—. ¿Dónde están tus padres?

—Muertos. Los soldados moros se llevaron sus vidas hace dos años en otras razias como esta. Primero cayó mi padre, y unos meses después mi madre.

El ermitaño pensó en un primer momento que el muchacho adolecía de falta de sentimientos debido al frío tono de sus palabras; le parecía que hablaba como si los fallecidos fueran personas lejanas e intrascendentes para él. Sin embargo, al fijarse mejor en su gesto apesadumbrado entendió que el chico empleaba la frialdad para mitigar el dolor de su alma y contrarrestar la soledad sufrida.

—Yo estoy viviendo ahora en los predios de nuestro conde —prosiguió Sancio—. Mejor dicho, estaba; los honorables

⁴ Elzeto: Alcedo (Álava).

⁵ Al-Qilá ('Los castillos'): nombre otorgado por los musulmanes a una primitiva Castilla.

⁶ Comes: en latín, 'conde, dirigente, jefe local'.

aldeanos que me protegían han muerto hoy en esta maldita incursión mora. Tuve que huir y no pude hacer nada por ayudarlos —lamentó.

—Dios los guarde a todos ellos...

—Así sea, magíster.

El estigmatizado muchacho volvió la mirada hacia el sendero del bosque que había llevado hasta él a los violentos soldados de la correría mora e hizo ademán de ponerse en camino.

—He de irme ya —dijo echando a andar hacia el bosque—. Debo llegar al castillo. El conde Munnio me protegerá.

El ermitaño le interceptó antes de que alcanzara la estrecha vereda y se situó de nuevo frente a él, dirigiéndole una afable sonrisa de comprensión y complicidad.

—Espera, Sancio de Elzeto, hijo de un hombre libre de Al-Qilá —le exhortó con dulzura—. Yo también debo viajar a ese castillo; tal vez podamos ir juntos...

—¿Y quién sois vos, ermitaño? —interpeló el muchacho sin dejarle concluir—. No me dijisteis vuestro nombre.

—Soy freile Juan, un solitario eclesiástico venido de las lejanas tierras del sur hace ya muchos años. Escapé de los moros andalusíes para poder practicar mi fe en paz, en la soledad de estos montes —respondió sin perder la sonrisa—. Pero con tu presencia, joven elegido, Dios me ha abierto los ojos a mi verdadero destino. —Mientras hablaba, freile Juan presintió una tranquilidad casi desconocida, una sensación de antaño que volvía a su corazón recordándole otros tiempos más felices, en otros lugares más meridionales. El chiquillo le escuchaba atentamente—. He de revelarte, Sancio, mi joven amigo —prosiguió, sosegadamente, el eremita—, que hace mucho tiempo altos señores cristianos me propusieron una misión muy especial. Pero yo la rechacé a causa de mis innumerables dudas de fe y, por qué no decirlo, a causa de mis temores. Sin embargo, ahora sé que debo retomar esa encomienda que otrora había rehusado. Y, aunque no lo creas, será una misión que nos incumbirá a ambos. —La voz surgía de su garganta con inflexión profética, gan-

gosa y redundante—. Porque tú me ayudarás, Sancio López de Elzeto. Estoy seguro de ello, completamente seguro...

Después de aquella vaga confesión que el muchacho no había llegado a comprender, el freile Juan guardó silencio. Durante un instante se vio transportado atrás en el tiempo. Recordó, entonces, sus días en la brumosa Asturias, conversando con los próceres de ese reino; y resonaron en su cabeza los planes de los obispos y del rey de los asturianos de fundar un lugar para la fe de Cristo en la marca alavesa. Aquella región abandonada a su suerte y sometida a los continuos ataques de los moros debía tener su obispo...

«Qué mejor que un joven mozárabe huido de Córdoba para restaurar la fe de las tierras repobladas —habían dicho aquellos magnates—. Seguro que lo harás bien».

Lo que desestimó entonces, bien podía ser aceptado ahora. Dado de bruces ante su renovada idea, el ermitaño sonrió viéndose convertido en un prelado episcopal de la corte de Asturias.

—¿Entonces, no me rechazáis, freile Juan? —le preguntó con cierta desconfianza Sancio, que había esperado pacientemente a que el ermitaño hablara.

Esta última pregunta le devolvió a la cruda realidad que ambos vivían en ese instante, en un bosque inundado tanto por la niebla como por el miasma de la muerte.

—Nunca te rechazaré, Sancio, pues ahora estamos unidos de por vida —le respondió el eremita en un susurro cómplice—. De por vida...

Y lo abrazó sin temor.